



Miguel Delibes

MI QUERIDA BICICLETA

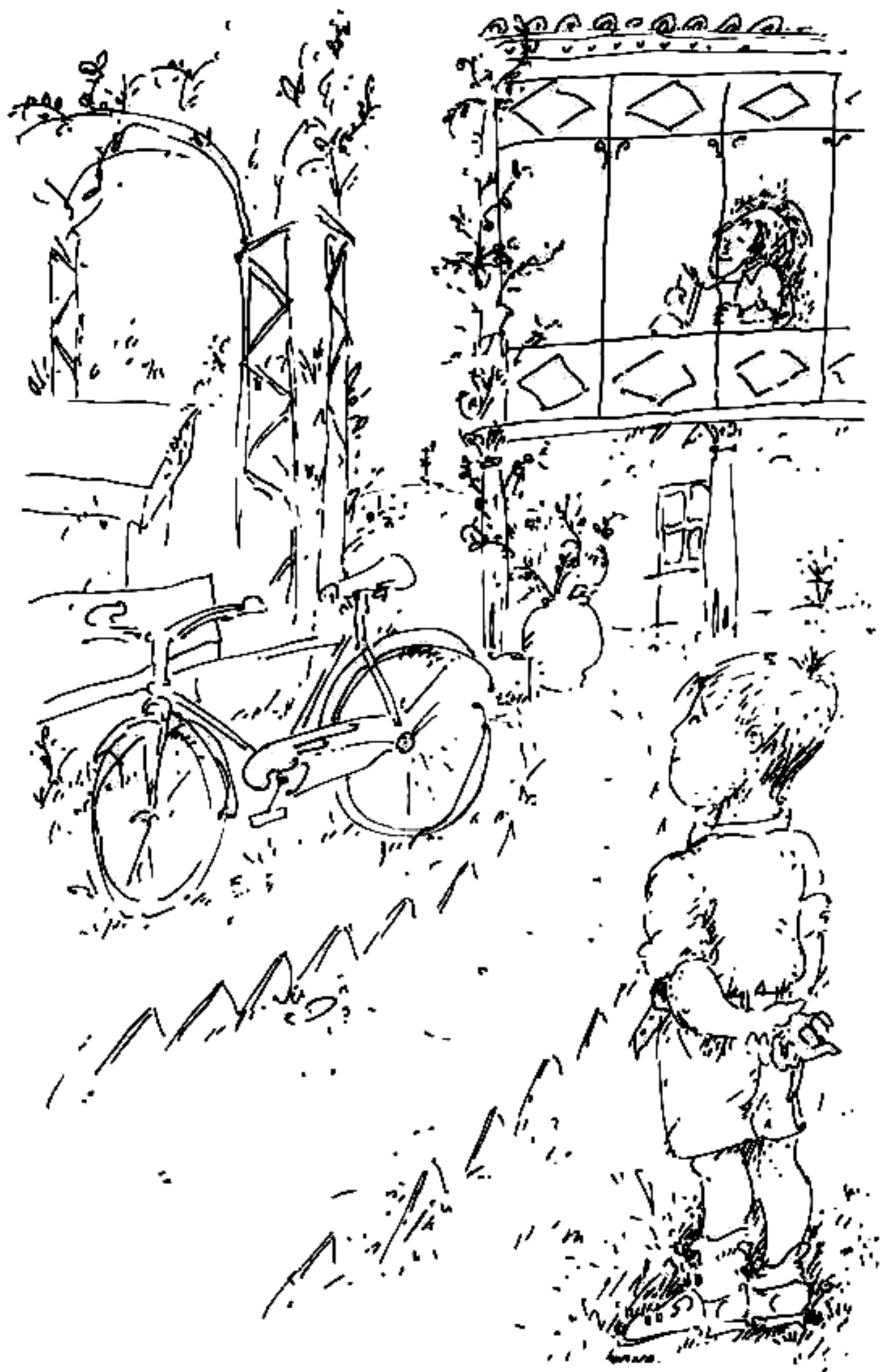
Ilustraciones de Luis de Horna



Yo no hacía más que dar vueltas por los paseos laterales, a lo largo de la tapia, con regreso por el paseo central, pero, al franquear el cenador con su mesa y sus bancos de piedra, las enredaderas chorreando de las pérgolas, azotándome el rostro, vacilaba, la bicicleta hacía dos eses y estaba a punto de caer pero, felizmente, la enderezaba y volvía a pedalear y a respirar tranquilo: tenía el camino expedito hasta la vuelta siguiente. Y así, una y otra vez, sin medir el tiempo. Mi padre, que todos los veranos leía el Quijote y nos sorprendía a cada momento con una risotada solitaria y estrepitosa, me había dicho durante el desayuno, atendiendo mis insistentes requerimientos para que me enseñara a montar:

—Luego; a la hora de comer. Ahora déjame un rato.

Para un niño de siete años, los *luego* de los padres suelen suponer eternidades. De diez a una y media me dediqué, pues, a contemplar con un ojo la bicicleta, de mi hermano Adolfo, apoyada en un banco del cenador (una Arelli de paseo, de barras verdes y níqueles brillantes, las palancas de los frenos erguidas sobre los puños del manillar) y con el otro, la cristalera de la galería que caía sobre el jardín, donde mi padre, arrellanado en su butaca de mimbre con cojines de paja, leía incansablemente las aventuras de don Quijote.



Su concentración era tan completa que no osaba subir a recordarle su promesa. Así que esperé pacientemente hasta que, sobre las dos de la tarde, se presentó en el cenador, con chaleco y americana pero sin corbata, negligencia que caracterizaba su atuendo de verano:

—Bueno, vamos allá.

Temblando enderecé la bicicleta. Mi padre me ayudó a encaramarme en el sillín, pero no corrió tras de mí. Sencillamente me dio un empujón y voceó cuando me alejaba:

—Mira siempre hacia adelante; nunca mires a la rueda.

Yo salí pedaleando como si hubiera nacido con una bicicleta entre las piernas. En la esquina del jardín doblé con cierta inseguridad, y, al llegar al fondo, volví a girar para tomar el camino del centro, el del cenador, desde donde mi padre controlaba mis movimientos. Así se entabló entre nosotros un diálogo intermitente, interrumpido por el tiempo que tardaba en dar cada vuelta:

—¿Qué tal marchas?

—Bien.

—¡No mires a la rueda! Los ojos siempre adelante.



Pero la llanta delantera me atraía como un imán y había de esforzarme para no mirarla. A la tercera vuelta advertí que aquello no tenía mayor misterio y en las rectas, junto a las tapias, empecé a pedalear con cierto brío. Mi padre, a la vuelta siguiente, frenó mis entusiasmos:

—No corras. Montar en bicicleta no consiste en correr.

—Ya.

Le cogí el tranquilo y perdí el miedo en menos de un cuarto de hora. Pero de pronto se levantó ante mí el fantasma del futuro, la incógnita del «¿qué ocurrirá mañana?» que ha enturbiado los momentos más felices de mi vida. Al pasar ante mi padre se lo hice saber en uno de nuestros entrecortados diálogos:

—¿Qué hago luego para bajarme?

—Ahora no te preocupes por eso. Tu despacito. No mires a la rueda.

Daba otra vuelta pero en mi corazón ya había anidado el desasosiego. Las ruedas siseaban en el sendero y dejaban su huella en la

tierra recién regada, pero la incertidumbre del futuro ponía nubes sombrías en el horizonte. Daba otra vuelta. Mi padre me sonreía:

—Y cuando me tenga que bajar, ¿qué hago?

—Muy sencillo; frenas, dejas que caiga la bicicleta de un lado y pones el pie en el suelo.

Rebasaba el cenador, llegaba a la casa, giraba a la derecha, cogía el paseo junto a la tapia, aceleraba, alcanzaba el fondo del jardín y retornaba por el paseo central. Allí estaba mi padre de nuevo. Yo insistía tercamente:

—Pero es que no me sé bajar.

—Eso es bien fácil, hijo. Dejas de dar pedales y pones el pie del lado que caiga la bicicleta.

Me alejaba otra vez. Sorteaba el cenador, topaba con la casa, giraba ahora a la izquierda, recorría el largo trayecto junto a la tapia hasta alcanzar el fondo del jardín para retornar al paseo central. Mi padre iba ya caminando lentamente hacia el porche:

—Es que no me atrevo. ¡Párame tú! —confesé al fin.

Las nubes sombrías nublaron mi vista cuando oí la voz llena de mi padre a mis espaldas:

—Has de hacerlo tú solo. Si no, no aprenderás nunca. Cuando sientas hambre subes a comer.



Y allí me dejó solo, entre el cielo y la tierra, con la conciencia clara de que no podía estar dándole vueltas al jardín eternamente, de que en uno u otro momento tendría que apearme, es más, con la convicción absoluta de que en el momento en que lo intentara me iría al suelo. En las enramadas se oían los gorjeos de los gorriones y los silbidos de los mirlos como una burla, mas yo seguía pedaleando como un autómeta, bordeando la línea de la tapia, sorteando las enredaderas colgantes de las pérgolas del cenador.



¿Cuántas vueltas daría? ¿Cien? ¿Doscientas? Es imposible calcularlas pero yo sabía que *ya era por la tarde*.

Oía jugar a mis hermanos en el patio delantero, las voces de mi madre preguntando por mí, las de mi padre tranquilizándola, y persuadido de que únicamente la preocupación de mi madre hubiera podido salvarme, fui adquiriendo conciencia de que no quedaba otro remedio que apearme sin ayuda, de que nadie iba a mover un dedo para facilitarme las cosas, incluso tuve un anticipo de lo que había de ser la lucha por la vida en el sentido de que nunca me ayudaría nadie a bajar de una bicicleta, de que en este como en otros apuros tendría que ingeniármelas por mí mismo. Movido por este convencimiento, pensé que el lugar más adecuado para el *aterrizaje* era el cenador. Había de llegar hasta él muy despacio, frenar ante la mesa de piedra, afianzar la mano en ella, y una vez seguro, levantar la pierna y apearme. Pero el

miedo suele imponerse a la previsión y, a la vuelta siguiente, cuando frené e intenté sostenerme en la mesa, la bicicleta se inclinó del lado opuesto, y yo entonces di una pedalada rápida y reanudé la marcha. Luego, cada vez que decidía detenerme, me asaltaba el temor de caerme y así seguí dando vueltas incansablemente hasta que el sol se puso y ya, sin pensármelo dos veces, arremetí contra un seto de boj, la bicicleta se atoró y yo me apeé tranquilamente. Mi padre ya salía a buscarme:

—¿Qué?

—Bien.

—¿Te has bajado tú solo?

—Claro.

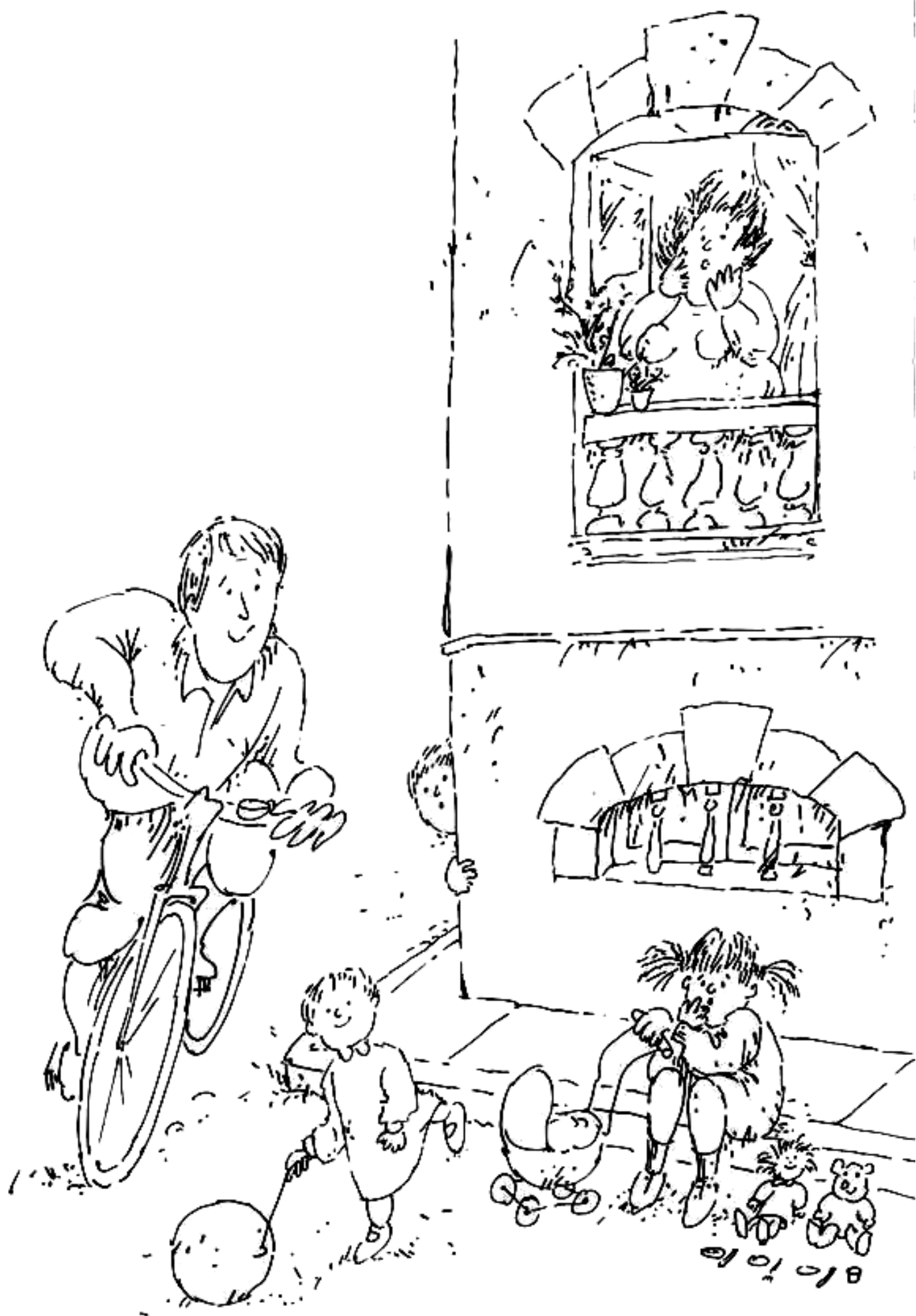
Me dio en el pestorejo un golpe cariñoso:

—Anda, di a tu madre que te dé algo de comer. Te lo has ganado.





De adolescente, cuando me lamentaba ante mis amigos de los procedimientos didácticos de mi padre, ellos decían que esa era *la educación francesa* y que la *educación francesa* estaba muy bien. Que ellos no sabían nadar, ni montar en bicicleta, ni distinguir un cuco de un arrendajo porque no habían recibido *educación francesa* y que era un atraso. Que criar a un niño entre algodones era arriesgado porque luego, cada vez que la vida le pasa la factura no sabe qué actitud adoptar. Por aquel tiempo yo era ya una especie de Fausto Coppi, un ciclista consumado. No me apeaba de la bicicleta. Sabía zigzaguear sin manos, ponerme de pie en el sillín y conducir con los pies. Como transporte, podía cargar simultáneamente a tres de mis hermanos: uno en el manillar, otro en la barra y un tercero de pie, sobre las palomillas traseras. Los automóviles, en mi ciudad, eran entonces media docena y uno podía doblar las esquinas, inclinando el cuerpo, a toda velocidad, sin preocuparse por lo que viniera de la bocacalle.



Incluso cuando acompañaba a alguna muchachita, lo hacía sentado en mi bicicleta, impulsándome con el pie desde el bordillo de la acera. Formábamos un todo tan armónico, que si el descubrimiento de América se hubiese producido en 1932, y yo hubiera asistido a la efemérides, los indios a buen seguro nos hubieran tomado a mi bicicleta y a mí por una criatura con ruedas. Pero no todo iba a ser coser y cantar y en aquellos tiempos ya existía un punto negro: los agentes, lo que entonces llamábamos guardias de la porra. Mi bicicleta nunca fue matriculada y en consecuencia constituía una sabrosa presa para los sabuesos municipales. Y ¿por qué no matriculaba mi bicicleta y vivía tranquilo? ¡Ah! Esto formaba parte de la *educación francesa* de mi padre. Mi padre era enemigo de *las tasas arbitrarias* aunque fuesen menores. La arbitrariedad de la tasa la determinaba él, naturalmente. Así, por poner unos ejemplos, mi padre nunca pagó un real en el fielato, ni un billete de andén en la estación de ferrocarril. Ante el fielato era contundente:

—¿Algo de pago?

—¡Nada!

—Sigan ustedes.

A lo mejor *el Cafetín* venía cargado de conejos pero la convicción con que mi padre lo negaba dejaba al consumero persuadido de que no pretendíamos colar nada de matute. Algo semejante acontecía en la Estación cuando íbamos a esperar a la tía Elenita que llegaba de Burgos en el rápido de Irún.

—¡Autoridad! —decía mi padre con tal desparpajo que el portero no sólo nos dejaba pasar a los ocho hermanos y a mi madre sino que además le dedicaba a mi padre, que era el último de la fila, un par de reverencias. Lo malo era cuando mi padre se resistía a pagar *recargos abusivos* pero éramos nosotros los que teníamos que dar la cara, verbigracia, con la fotografía anual del colegio o la revista *Unión*, o el orlín de fin de curso. El Hermano Procurador no comprendía que pagáramos puntualmente la mensualidad y luego nos negáramos a abonar un pequeño suplemento por la fotografía, la revista o el orlín:



—Y ¿por qué no quiere tu padre el orlín?

— ¡sabrás; no me lo ha dicho.

Y el Hermano Procurador nos despachaba sin la barra de regaliz que solía ser el premio a los buenos pagadores. Ante sus logros, mi padre se crecía y recuerdo que, al iniciar el segundo curso de bachillerato y pedirle dinero para pagar los libros, los miró uno por uno, separó el volumen de Historia y me dijo con aplomo francés:

—Éste le devuelves. Le dices al Hermano de mi parte que lo tenemos en casa.

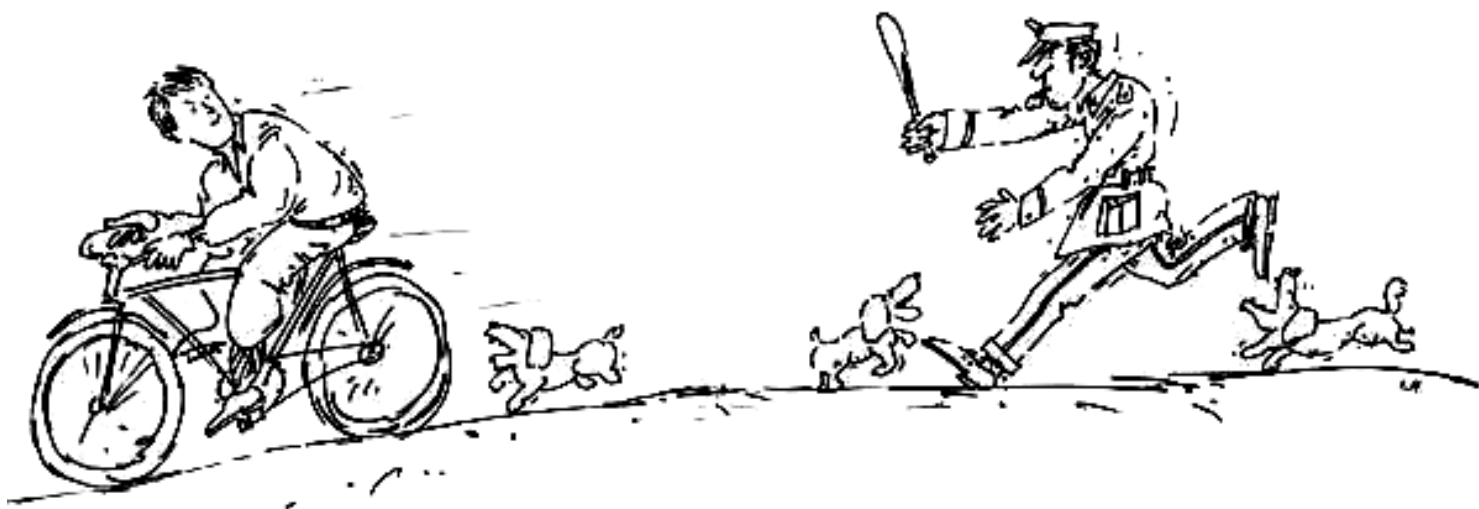
Se levantó, abrió una de las librerías de su despacho, sacó un librito de Historia del año catapún, con una tapa blanca en lugar de roja, y me lo entregó. Al día siguiente el Hermano nos mandó estudiar las dos primeras páginas, pero aunque los dos libros empezaban con la Prehistoria, su método no coincidía. Con el tiempo las diferencias se hicieron más profundas de manera que me pasé el curso estudiando con mi compañero Lisardo Martín. En aquellas cuestiones en que creía tener razón, mi padre no transigía. Y en lo concerniente a la enseñanza de la Historia era partidario de que se escribiese un texto objetivo y con poca sangre que sirviera para todos los párvulos del mundo, y, mientras no se hiciese así, cualquier libro valía, ya que según él «la historia no se inventaba».



La matrícula de la bicicleta de un niño le parecía igualmente una *tasa arbitraria*, por lo que nunca pasó por ello. Aparte lo infundado de la tasa, mi padre tenía sobre el particular un sensato punto de vista: Un

chico en bicicleta que se dejara coger por un hombre a pie era un tonto, se merecía la multa. No le faltaba razón.

Ante semejante filosofía nuestro ciclismo, el de los ocho hermanos, no consistía tanto en pedalear como en eludir, en tener el ojo bien abierto para descubrir a tiempo al guardia de la porra y no caer en sus manos. No era tarea fácil porque hace medio siglo un agente municipal ponía tanto celo en agarrar a un ciclista sin matrícula como el que puede poner hoy en sorprender un coche aparcado en zona azul sin el tique de la ORA. De este modo, en la ciudad, el deporte de las dos ruedas, sobre el ejercicio en sí, encerraba para un niño un singular atractivo: no dejarse cazar. Nos lanzábamos a tumba abierta en cuanto divisábamos un agente, doblábamos las esquinas como suicidas, de modo que cuando el guardia quería reaccionar ya estábamos a mil leguas. El riesgo estribaba en meterse uno en un callejón sin salida o en adentrarse en una calle que tuviera un guardia en cada esquina. Creo recordar que en aquellos años los agentes urbanos usaban silbato y desde luego se ponían fuera de sí cada vez que un ciclista sin matrícula pasaba por su lado como una exhalación, afeitándole. Entonces, instintivamente, soplaban el pito y la presencia de otros guardias en las proximidades podía crear problemas.



De modo que pedalear ojo avizor, escurriendo el bulto, era una actividad maravillosa que despabilaba a cualquiera. Si no me equivoco

(creo que ahora puedo confesarlo sin riesgo, puesto que las faltas han prescrito) siempre salí victorioso en este empeño; nunca fui atrapado. Sí me cogieron, en cambio, jugando al fútbol en el Campo Grande o vadeando el riachuelo del parque, en la zona que llamábamos Países Bajos, pero montado en una bicicleta jamás. Yo me sentía como una especie de Al Capone, en Chicago, perseguido vanamente por toda la policía de la ciudad. Lo que me pregunto a veces es cómo hubiera reaccionado mi padre si alguno de los hermanos nos hubiéramos dejado prender.





Esta emoción se esfumaba en carretera. En carretera sólo quedaba el esfuerzo: no había guardias a quienes burlar. En aquellos años, entre los doce y los catorce míos, pasamos tres veranos en el pueblecito de Boecillo. Entonces estaba yo envenenado por el *Tour* de Francia, por las gestas admirables de Mariano Cañardo, Federico Ezquerro y la *Pulga de Torrelavega*. Los ciclistas españoles acudían al *Tour* huérfanos, sin una organización detrás y, sin embargo, haciéndoselo todo ellos, conseguían clasificaciones meritorias: A Cañardo pocas veces le vimos por debajo del décimo puesto en la general, ni a Trueba muy alejado del decimoquinto. Por si fuera poco, Trueba —y también Ezquerro— fue *Rey de la Montaña* varios años. Y a mí, como a casi todos los niños de entonces, nos entusiasmaba más la victoria en la cresta de una montaña que en un final de etapa llano, sin accidentes. Todos aspirábamos a ser escaladores y nuestro sueño inexpresado era coronar un día el Tourmalet en primer lugar. Recuerdo que en aquellos años, adquirí, entre mis amigos, cierta fama de escalador. Y ¿es que poseía yo, en realidad, algún don para escalar mejor que ellos? Yo siempre he sospechado que subir cuestas en bicicleta es una de las mayores maldiciones que puede soportar un hombre, escalador o no. Pero ante el repecho de Boecillo, con su pronunciado recodo y su empinamiento súbito, en la parte final, yo no me amilanaba, dejaba pasar a mis amigos primero y, luego les rebasaba como si nada pedaleando a un ritmo loco, a toda velocidad:

—Claro, es que a Delibes no le cuesta —comentaban ellos.



L.H.

Yo mantenía la superchería. Sonreía. Tácitamente les daba la razón, porque esa era la carta que me convenía jugar: fingir que no me costaba. Y con un muchacho al que no le costaba subir las cuestas no se podía competir. De modo que de acuerdo con mi manera de pensar, lo aconsejable para llegar a *Rey de la Montaña* era poner cara de palo, incluso esbozar una sonrisa, mientras la procesión iba por dentro. Aguantar, que no trascendiera al rostro el sufrimiento interior y la fatiga física, era una baza segura para que el competidor desistiera de alcanzarnos. Nada desanima tanto a un corredor como observar que el contrincante realiza con la sonrisa en los labios algo que a él le supone un esfuerzo sobrehumano. Ponerme la máscara fue el secreto de mi éxito como escalador: ni piernas, ni bofes, ni garambainas. A mí me costaba subir el repecho de Boecillo tanto como a José Luis Fando, el gordo de la clase, pero lo disimulaba y mis compañeros, al verse rebasados por un tipo alacre, que no se quejaba, a quien no le dolían los muslos ni se le aceleraba el corazón, se sentían descorazonados y se sentaban en la curva a charlar un rato y descansar, en tanto yo coronaba el cerro en solitario, de un tirón. Pero, al rebasar la cumbre, me tumbaba boca abajo a la sombra de una acacia y sujetaba el corazón contra el suelo para que no se me escapase del pecho. Luego, al llegar a casa, no podía comer, tenía que meterme en cama un ratito hasta que se me pasara el sofoco:

—Claro, es que a Delibes no le cuesta.



Llegué a pensar que mi impostura era la impostura de Trueba, de Ezquerria o del francés Vietto, en el *Tour* de Francia. El que sabía fastidiarse sin poner cara de fastidio, ese era el *Rey de la Montaña*. Mis reflexiones llegaban incluso más lejos: en España había más escaladores que en ninguna parte porque estábamos acostumbrados a mortificarnos disimulándolo. Esta teoría creo que se ha confirmado después: hoy los mejores trepadores son de Colombia. El escalador (aparte la orografía del país, que también ayuda un poco) va desapareciendo de Europa con el aumento del nivel de vida. Se está demostrando que subir una cuesta en bicicleta, aunque ésta sea de aluminio y disponga de treinta desarrollos, es un tormento para todo hijo de vecino. También se demostró con los años que los fieltos y los billetes de andén y las matrículas de las bicis infantiles eran tasas arbitrarias, de acuerdo con las teorías de mi padre, porque unos y otras desaparecieron al poco tiempo.





A partir de los dieciocho años la bicicleta dejó de ser para mí un deporte y se convirtió en un medio de locomoción. Entre otras cosas, gracias a la bicicleta pude cazar un poco en los años de la inmediata posguerra, irme a bañar a la central del Cabildo, o visitar a mi novia durante los meses de verano. Desplazarse a cazar no era fácil por la impedimenta; en un vehículo tan esquemático como la bici había que acomodar la escopeta, el morral con la comida y los trebejos, más la perrita. De ordinario el macuto se colocaba en el manillar, en la barra la escopeta y, detrás, en el soporte, siempre que fuera dócil, la perrita. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo, pues tuve un animal de buena estampa, que padecía de vértigo y a la segunda pedalada ya se había arrojado a la carretera. Para subir a la Granja de la Diputación, a tres kilómetros de casa, esto no constituyó problema: el animal corría tras la máquina y de esta manera yo conseguía dos objetivos: librarle del vértigo y desbravarle, evitar que en el cazadero se alargara detrás de las perdices. Pero si el recorrido era de más de una decena de kilómetros era preferible dejar a la perra en casa y desempeñar personalmente sus labores sacudiendo las matas con los caños de la escopeta. A la bicicleta le debo gratas horas de esparcimiento en el campo en días difíciles e incluso algún alijo de estraperlo que introducía en la ciudad salvando, con la misma pericia con que siempre sorteé a los municipales, la atenta vigilancia de la policía de abastos.

La bicicleta fue también en esa época el transporte adecuado para irnos a bañar al Cabildo, en el Pisuerga, cinco kilómetros aguas arriba

de la capital. Así evitábamos las atarjeas, y alcantarillas que descargaban la porquería de cien mil vallisoletanos en el Paseo de las Moreras. Eduardo Gavilán y Vicente Presa solían ser mis acompañantes. Y allí, entre el boom-boom de la Central y el melodioso canto de los ruiseñores, nos bañábamos en la pesquera, en cuanto apretaba el calor.



No era un sitio muy cómodo pero sí limpio y allí coincidíamos con mis primos Federico y Julián y los hermanos Enciso que llegaban en coche al acabar sus quehaceres. Entonces, en los años 40, el coche de mis primos era de los pocos que quedaban útiles en la ciudad. Era un Chevrolet del año 36 que ellos, jugándose la vida, habían librado de la requisita general de la guerra enterrándolo bajo un túmulo de tablones en la serrería que regentaban entonces. Pero nosotros llegábamos al Cabildo por atajos, sinuosos senderos de tierra apelmazada junto a la carretera o a campo través, donde los neumáticos de las bicicletas

producían un rumor estimulante, muy agradable, una grata sensación que todavía no he olvidado. Es claro que los cinco kilómetros de regreso nos ocasionaban una sofoquina mayor que si no hubiéramos ido a bañarnos, pero era una servidumbre obligada en una época en que las piscinas constituían un lujo apropiado únicamente para los artistas de Hollywood. Este placer de bañarnos en agua corriente, no mancillada aún por la porquería urbana, duró pocos años. Enseguida empezó la modesta industrialización de la ciudad y naturalmente el lugar de emplazamiento tuvo que ser el Cabildo (las empresas sienten atracción por las aguas transparentes semejante a la de las polillas por la luz). Se emporcó aquella zona del río y como remate se sembró de lucios que con el tiempo subirían aguas arriba y crearían un serio problema para la población truchera.





Pero cuando la bicicleta se me reveló como un vehículo eficaz, de amplias posibilidades, cuya autonomía dependía de la energía de mis piernas, fue el día que me enamoré. Dos seres enamorados, separados y sin dinero, lo tenían en realidad muy difícil en 1941. Yo estaba en Molledo-Portolín (Santander) y Ángeles, mi novia, veraneaba en Sedano (Burgos), a cien kilómetros de distancia. ¿Cómo encontrarnos? El transporte además de caro era muy complicado: ferrocarril y autocares, con dos o tres trasbordos en el trayecto. Los ahorros míos, si daban para pagar el viaje no daban para pagar el alojamiento en Sedano; una de dos. ¿Qué hacer? Así pensé en la bicicleta como transporte adecuado, que no ocasionaba otro gasto que el de mis músculos. De modo que le puse a mi novia un telegrama que decía:

—Llegaré miércoles tarde en bicicleta búscame alojamiento te quiere Miguel.

Creo que la declaración amorosa sobraba en esos momentos puesto que el cariño estaba suficientemente demostrado pero la generosidad de la juventud nunca tuvo límites. El miércoles, antes de amanecer, amarré en el soporte de la bici dos calzoncillos, dos camisas y un cepillo de dientes y me lancé a la aventura. Aún recuerdo con nostalgia mi paso entre dos luces por los pueblecitos dormidos de Santa Olalla y Bárcena de Pie de Concha, antes de abocar a la Hoz de Reinosa, cuya subida, de quince kilómetros de longitud, aunque poco pronunciada, me dejó para el arrastre. Solo, sin testigos, mis pretendidas facultades de escalador se desvanecieron. En compensación, del alto de Reinosa a Corconte —

veinticuatro kilómetros— fue una sucesión de tumbos donde la inercia de cada bajada me proporcionaba casi la energía necesaria para ascender el repecho siguiente. Aquellos primeros años de la década de los cuarenta, con el país arruinado, sin automóviles ni carburante, fueron el reinado de la bicicleta. Otro ciclista, algún que otro peatón, un perro, un afilador, los chirriones, acarreando yerba en las proximidades de los pueblos, eran los únicos obstáculos de la ruta. Recuerdo aquel primer viaje de los que hice a Sedano como un día feliz. Sol amable, brisa tibia, la bicicleta rodando sola, sin manos, varga abajo, un grato aroma a prado y boñiga seca, creando una atmósfera doméstica. Me parece recordar que cantaba a voz en cuello, con mi mal oído proverbial, fragmentos amorosos de zarzuela sin temor de ser escuchado por nadie, sintiéndome dueño del mundo.



Este viaje, como digo, lo repetí varias veces. En ocasiones, cuando me sobraban dos duros cogía el tren mixto y me evitaba el pechugón

hasta Reinosa. Otras veces era al revés, apalabraba a Padilla, el taxista de Covanera, para que me subiera hasta Cabañas de Virtus, con la bicicleta en la baca, para ahorrarme unos kilómetros escarpados y las rampas peliagudas de Quintanilla de Escalada. No es fácil olvidar la escena de la partida del taxi de Padilla, un coche muy viejo y baqueteado, de cinco plazas, creo que con gasógeno, donde, por las buenas o por las malas, entrábamos trece o catorce personas, con las piernas fuera, asomando por las ventanillas, y la baca atestada de cestas de huevos, gallinas, sacos de cemento, patos, aperos de labranza y, coronándolo todo, mi vieja bicicleta azul, más pesada que un muerto, que sería la primera en bajar. Fuese para arriba o para abajo, el lugar de refrigerio era el estanco de Paradores de Brida, en el páramo desolado, donde me servían un par de huevos fritos con chorizo, pan y un vaso de vino por una peseta, diez. Y en los regresos, ¿cómo olvidar el placer inefable de bajar la hoz de Reinosa, suavemente, sin esfuerzo, sin dar una sola pedalada en quince kilómetros, como una motocicleta afónica?



Dando por supuesto que todo esto fuese un sacrificio, yo me sentía suficientemente compensado con mi semana en Sedano, junto a Ángeles, bañándonos, subiendo a los picos, pescando cangrejos, cogiendo manzanas, haciendo el damero maldito de *La Codorniz* en el jardín de los Gallo, donde ella paraba. Mi alojamiento, la fonda, estaba

frente por frente, en la misma Plaza, bajo la dirección de la señora Pilar, ya de edad, y sus hijos Luis Peña y Amalia, y los hijos de estos hijos con los que hoy me sigue uniendo una cordial amistad. En aquel tiempo me daban de comer tres platos a mediodía y otros tres por la noche, más desayuno, habitación y un rincón en la cuadra para la bicicleta por 18 pesetas diarias. El primer año coincidí allí con el mayor de los Peña, Juan José, periodista de San Sebastián, que visitaba su Casona en compañía de su madre, quien sorprendido de mi apetito, me dijo un año después, cuando ya teníamos alguna confianza:

—Hay que ver la cantidad de pan que comió usted el día que nos conocimos.

Naturalmente Peña ignoraba que yo estaba cargando carburante para el regreso, fortaleciéndome para recorrer los cien kilómetros que me separaban de Molledo-Portolín.





Más tarde, cuando me casé, intenté incorporar a mi mujer a mis veleidades ciclistas y en la pedida, además de la pulsera, le regalé una bicicleta francesa amarilla de nombre *Velox*. La marca era ya un augurio pero siempre imaginé que en el vocablo habría no poco de publicidad. Con las dos bicicletas nos fuimos a la casa de mi padre, en Molledo-Portolín, a pasar la luna de miel. Fuera de nuestros paseos cotidianos y de los amartelamientos naturales, apenas teníamos otra distracción que las bicicletas. Y así, al segundo día de estancia le propuse a mi mujer irnos a comer a Corrales de Buelna. Ella, desconociendo el recorrido, aceptó con entusiasmo de recién casada. Nos encaramamos en las bicis y ya al bajar la varga me di cuenta que aquello de la *Velox* no era una hipérbole. La máquina amarilla, con un radio de rueda la mitad que la mía, empezó a embalarse y al llegar a la iglesia ya me sacaba seis metros. Entonces recordé que al terminar la cuesta, tras la curva, en el pueblecito de Madernia, había un paso a nivel contra el que podría estrellarse, de no moderar la marcha. Entonces la voceé:

—¡Frena!

Pero ella me gritó a su vez:

—¡No puedo! ¡No me puedo parar!

Pedaleé con energía hasta alcanzarla y mientras nos deslizábamos emparejados a sesenta kilómetros a la hora, trataba de convencerla de que la palanca del freno no estaba tan dura y que mediante un pequeño esfuerzo podría doblegarla. Inútil. No era fuerza lo que le faltaba sino anchura de mano, para alcanzar la palanca sin soltar el puño. La

«Velox» adquiría cada vez mayor velocidad y yo ya imaginaba tras la curva que divisaba al fondo de la carretera, las portillas cerradas del paso a nivel y el topetazo inevitable. Entonces tomé una decisión a lo Tom Mix, una decisión disparatada: Yo frenaría mi máquina con la mano izquierda y, simultáneamente, sujetaría el sillín de la *Velox* con la derecha; es decir, frenaría para los dos hasta lograr detenernos. Era una determinación de enamorado, arriesgada pero poco práctica. Con el primer tirón, Ángeles se desequilibró, y sin perder velocidad se fue de cuneta a cuneta en un zig-zag peligrosísimo. Al segundo intento, las bicicletas entrechocaron y a punto estuvimos de irnos los dos a tierra. Nervioso, a medida que la curva se aproximaba, grité:

—Por Dios bendito, ¡frena!

Pero ella ya había perdido la moral:

—¡No me puedo parar, no me puedo parar!



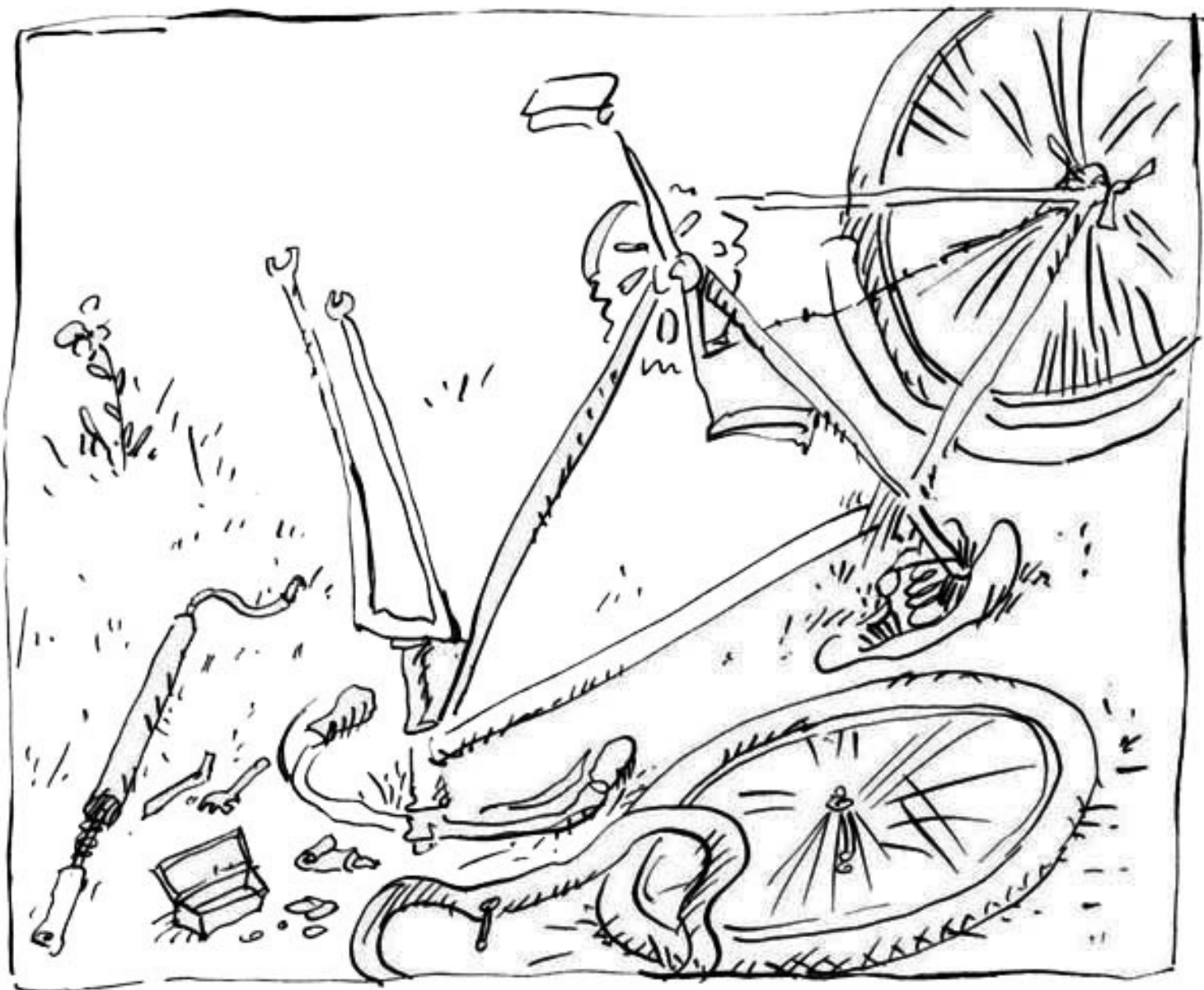
La *Velox* se aceleraba y, ante lo inevitable, alcé los ojos al cielo y pedí con unción que el paso a nivel estuviese abierto. Así fue en efecto, pero la *Velox*, ligera como el viento, haciendo honor a su nombre, atravesó la vía como una centella y no se detuvo hasta llegar a Santa Cruz, el pueblo inmediato, donde al fin nos repusimos del susto.





Pero cuando evoco el mundo de la bicicleta olvido las complicaciones mecánicas, mi incapacidad para volverla a su estado normal cuando algo se torcía. No quiero hablar de las averías del piñón, o del plato, de los juegos de bolas, porque eso son ya palabras mayores, sino simplemente de los pinchazos, del humilde pinchazo de una rueda de bicicleta. Por supuesto conocía la técnica a emplear para su reparación: utilizar los desmontables, sujetarlos a los radios, sacar la cámara, inflarla, meterla en un balde de agua, buscar la punzada, frotarle con lija, extender la disolución, orearla, quitar la membranita blanca del parche y aplicarlo. El camino de vuelta tampoco ofrecía dificultad: introducir la cámara bajo la cubierta, repartirla a lo largo de la rueda sin retorcerla, meter la cubierta en la llanta a mano mientras pudiese y, finalmente, en los centímetros finales, con los desmontables. Todo correcto. Pero era ahí donde empezaba mi calvario. La rueda, después de reparada no cogía aire o, si lo cogía, lo expulsaba con la misma rapidez:

—Pellizcas la cámara con el desmontable, muchacho. Esta rueda está pinchada.



Debía de ser cierto; al arreglar un pinchazo inevitablemente hacía otro.

—Mete la cubierta con la mano; es más seguro. —Goyo, el mecánico de la Agencia, procuraba remediar mis desventuras:

—No tengo fuerzas, Goyo.

—Pues entonces pon cuidado con los desmontables.

Mas aunque siempre, desde niño, puse un cuidado meticuloso en la operación de montar una rueda nunca pude evitar el pellizco con el desmontable. Era una pequeña tragedia irremediable que ponía mis nervios a prueba. Hoy las bicicletas no se pinchan o, si se pinchan, los ciclistas las arreglan de otra manera. La mía, mi bicicleta, la de ahora, con la que doy paseos de 15 ó 20 kilómetros, sigue teniendo las ruedas

como las de ayer y si se me pinchan menos es porque ando siempre por carretera y no apuro las cubiertas como antaño, pero si, a pesar de todo, se pincha, he de recurrir a manos ajenas para evitar pellizcarla con el desmontable. Hay cosas que parecen sencillas, pero no basta una vida para aprenderlas.

El gen ciclista de la familia seguiría manifestándose en las nuevas generaciones. Mi hijo mayor aprendió a montar a los tres años y se desazonaba cada vez que se apeaba y la bicicleta se caía; no se mantenía en pie. Resultaba muy complicado explicárselo y él se ponía más y más furioso con nuestras vaguedades. Más tarde, mis nietos han aprendido a la misma edad sin que nadie les enseñase. Jaime, uno de ellos, salió pedaleando un día por la carretera tras su prima Ángeles, que ya sabía montar, y tuvimos que rescatarles con un coche, a tres kilómetros del pueblo. Pero la madera competitiva, en pruebas de poco alcance, se manifestó en mis hijos Germán, Juan y Adolfo. Los tres ganaron carreras locales, sin mayor relieve. Pero el tercero hizo en su día excursiones que no creo vayan a la zaga de las que pueda hacer Perico Delgado en sus períodos de entrenamiento. Recuerdo una de unos días, con salida de Valladolid y llegada a Santander, por Burgos, y regreso por Unquera, Potes y Palencia, subiendo los puertos de El Escudo y Piedras Luengas.



Cosas así no se hacen por una apuesta fuerte, pero él la llevó a cabo

por placer, por afirmar su personalidad. Ahora bien, la mayor gloria ciclista, la efemérides que dejó huella y que aún se comenta en tertulias familiares, fue la victoria de Juan en una clásica Sedano-Covanera-Sedano, donde aparte los aficionados, participaron dos muchachos federados de un club ciclista de Burgos, con sus bicicletas de aluminio, finas y ligeras como libélulas, y su *maillot*, su culote, y sus mocasines negros de badana. Llegaron en bicicleta, custodiados por media docena de *fans*, y hasta que la prueba empezó no cesaron de dar vueltas a la plaza para no quedarse fríos. En el pueblo les miraban entre irritados y perplejos. No entraba en su cabeza que aquella carrera organizada desde siempre para aficionados locales cobrase de repente tan altos vuelos, pero, por otra parte se condolían de que la copa del triunfador no fuese a quedar en casa:

—Dicen que están federados.

—Así ya podrán.

—A mí me parece que a eso no hay derecho. Esta carrera siempre ha sido para veraneantes y para hijos del pueblo.

Mientras, los federados seguían dando vueltas y vueltas a la placita, con sus piernas musculosas y depiladas, brillantes de embrocación, la viserilla sobre los ojos, la marca publicitaria a las espaldas. Mi hijo Juan, en su *short* de baño, con su «cocodrilo», los miraba avergonzado de su atuendo inapropiado, principalmente de sus botas de montañero, y en una de sus reacciones tan peculiares, subió a casa y bajó calzando unos zapatones de agua, que por su color negro, eran los que más se asemejaban a las botitas de los federados:

—¿Es que vas a correr tú, chaval?



—Eso pensaba.

Le hablaban perdonándole la vida, desde lo alto de sus bicicletas-libélulas, mientras Juan, de pie, agarraba achicado el manillar de su *bici* de hierro, de llantas anchas, como de carro, y viejas palomillas, lejos de los carretes automáticos que portaban las de los federados. Pero Echano, el juez de la prueba, los puso en línea para tomar la salida. Los atuendos y bicicletas de los corredores locales chocaban por su variedad ante la uniformidad de los visitantes. Y cuando Echano dio el pistoletazo de salida, el pueblo aplaudió, los federados tomaron el mando del pelotón, pero hasta alcanzar el arroyo de Escanillo no metieron caña y fueron dejando en la cuneta a los aficionados locales.



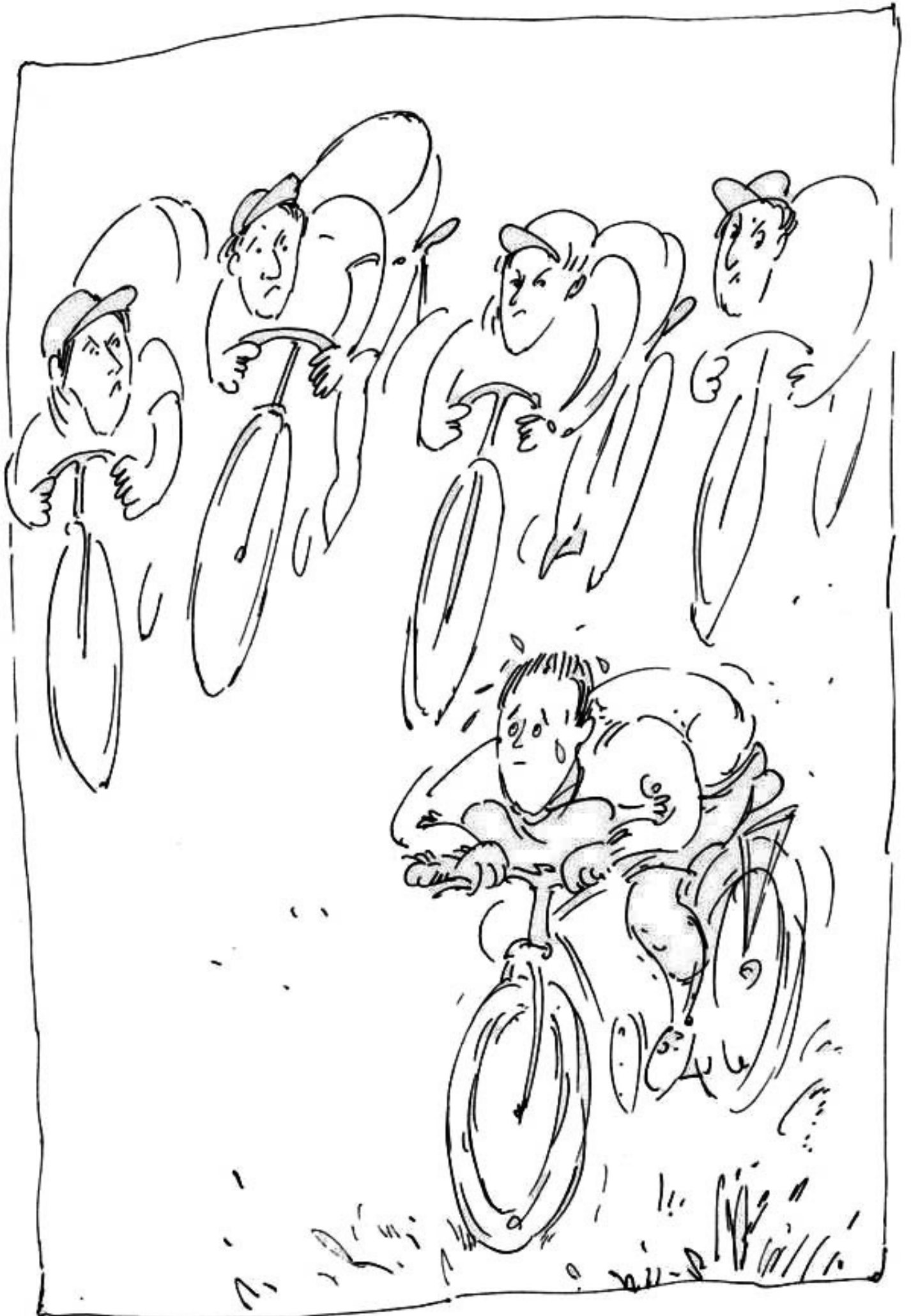
Pero Juan, tozudo y fuerte, a más de un excelente ciclista, apretó las mandíbulas y se puso a la rueda del segundo federado, lugar que no abandonó hasta llegar a Covanera y en el que continuaba después de dar la vuelta. Entonces debieron pensar que se trataba de un moscardón pegajoso que había que distanciar metiendo zapatilla. Pero el esfuerzo no les sirvió de nada. Juan, mi hijo, aguantó el tirón de los federados, siguió a la rueda del segundo, mientras iba saludando con la mano a los otros participantes que o bien no habían llegado aún a Covanera o habían abandonado.

—Con Juan no van a poder.

—¡Hala, Juan, duro con ellos!



Los coches seguidores ya se relamían con el *sprint*. Rebasaron el arroyo Escanillo, a un kilómetro largo de la meta, y los federados hicieron otro esfuerzo. No acababan de comprender aquello. No aceptaban de buen grado que aquel muchachito con su «cocodrilo» y sus zapatones negros de agua, montado en una bicicleta con ruedas de carreta, les plantase cara, no consintiera que se distanciasen. Y cuando tiraron de nuevo poniendo en el empeño todas sus facultades, Juan metió la cabeza entre los hombros y no permitió que ensancharan el corte.



Se hallaban en la última curva antes de la meta y, entonces, los muchachos de los culotes y los mocasines parearon sus bicicletas cerrando el paso, pero mi hijo, que conocía la carretera como su casa, se ciñó a la curva, literalmente se metió por la cuneta pedaleando como un desesperado, los rebasó y entre el clamor popular pisó la cinta en primer lugar. Oyendo los bravos y parabienes del gentío, yo pensaba en mi padre, en su biciclo y en su *educación francesa*:

—¡Aúpa Juan, vamos a mojarlo!

—¿Sabes? ¡Juan ha ganado a los federados! ¡Les ha dejado con un palmo de narices!

La plaza era un clamor. Los muchachos federados, que aún no habían salido de su asombro, cambiaban impresiones con sus *fans*, organizaban cabizbajos el regreso a Burgos, mientras mi hijo, achuchado por la multitud, era la viva estampa del vencedor. Pero cuando, tras ímprobos esfuerzos, logré aproximarme a él y le animé a que se sentara en el banco corrido de los soportales, se señaló las piernas (unas piernas tensas, rígidas, los músculos anudados aún por el esfuerzo) y me dijo confidencialmente:

—Espera un poco; si me muevo ahora me caigo.

